

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Paideia beckettiana.

Claudio Martyniuk.

Cita:

Claudio Martyniuk (2013). *Paideia beckettiana*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/374>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

20 años de pensar y repensar la sociología.

Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI, 1 al 6 de julio de 2013

Mesa 34 Diferencia e indiferencia en el pensamiento social: cuerpos insumisos y paradigma crítico

Paideia beckettiana

Claudio Martyniuk
UBA / IIGG

i. La escritura de Beckett, más que ninguna otra, viaja al fin de la noche, y muestra el nihilismo como contracción del mundo y del lenguaje, reducción, amputación, persistencia, esperas y felicidades. En Beckett, que sea ese mundo es lo místico.

ii. Una llanura vacía, cuidadosamente carente de toda huella de ocupación. Olores y vapores de grasa quemada aparecen. La carne, el órgano del tacto, toca la lira, toca y toma el cuchillo.

Un Apolo que ordena practicar una vida basada en el conocimiento de sí mismo y en el arte de cuestionarlo todo preguntándole al otro, que impulsa la potencia espiritual. Es el sabio que habla. Otro Apolo, sucio y apoderado de la locura del asesinato, torcido y oblicuo, que toma el cuchillo y ejerce la arrogancia.

La palabra une, abstrae diferencias, genera universales. Pero la literatura y la filosofía, como el cuchillo, también cortan, trazan diferencias, destruyen ideas, se adelantan como el cuchillo al cuerpo, perciben y lo hacen prescindiendo de la piel, extendiéndola al artefacto. El peso, la gravedad de los pensamientos, a veces hunde la negatividad.

Un pensamiento musical que no alcanza al concepto, puro sentimiento de infinita nostalgia. Sólo se aproxima a la tumba de su propia vida. La existencia no es alcanzada, apenas testimonio de la propia vida. Tal vez en la posición de testigo se halle el fondo de la felicidad. Testigo de la máquina lingüística.

Oyente de una música propia, y el dolor que rodea, envuelve con pérdida, hasta que el intervalo entre el lenguaje y el ser trasciende la finitud.

La subjetividad es la verdad, Kierkegaard. No hay concepto que alcance la muerte, no hay intimidad entre el ser y el lenguaje. *Desespérate*, exigía K, para dejar de ser presa de la melancolía. Desde el cielo lingüístico conceptual no hay respuestas, salvo a problemas científicos. No hay identidad entre lo racional y la existencia. La existencia, irreductible al lenguaje, contracara del giro lingüístico. Ante la filosofía académica contemporánea, ya no la del Círculo de Viena, Wittgenstein volvería a leer poesía. En el límite de lo decible, el vacío, el silencio. En ese residuo, sin mediación, sin síntesis, la experiencia amarga de la desesperación.

Toda concepción estética de la vida es desesperación, K. Conocer, experimentar la amargura de la desesperación. Y no se trata de perder objetos,

no es la desgracia que proviene de la multiplicidad externa -en esa decepción superficial se puede odiar al mundo. Cuando uno se encuentra, y uno se encuentra a sí mismo en la desesperación, ama al mundo porque es como es. Por desgraciados que podamos ser, existir es un bien. Existe una alegría indescriptible que nos ilumina de golpe, es un pleno grito del alma, de un yo despojado de todo objeto.

Persistir en el desinterés estético. No podemos atrapar sensaciones por interés. Tampoco el sentido de la poesía. Sí el consumo. No el latido. Escribir, escindir estilos, géneros, la falta de objeto. Importa la pasión infinita del que enuncia, ¿pero cómo mostrarla sin que ese gesto expuesto sea hueco, mercancía, número? Acaso resulte la indiferencia. Nada se debe esperar. Y a veces sucederá un fundirse con la inmediatez.

La espina en la carne. Arrepentimiento, no tristeza efímera ni remordimiento desesperado, opuesto a la impaciencia por olvidar y a la banalidad. Implica asumir la falta, y hacerlo sin perseguir el sobreseimiento. Debe ser, enseña K, tristeza interior ligada a la acción. Sustraerse a la constricción y al arrepentimiento envilece. También someterse ciegamente a las exigencias del derecho. K: *Cuando la ley desencadena todas sus prescripciones sobre los hombres y los hostiga hasta el agotamiento sin dejarles otra cosa que proscipciones, cada una de las cuales conserva cierta oscuridad (fermento indestructible de incertidumbres), entonces el hombre comprende que debe haber otra cosa que cumplir la ley.* Esa otra cosa, espacio de lo negativo, de la negación de las sombras proyectadas por *Hegemon*, sombras que guían, conducen, juzgan, interpretan, influyen e imponen.

Otra dimensión, el nihilismo, concebido como momento positivo para la crítica del lenguaje. Otro, el nihilista que comprende al nihilismo como oportunidad, tal vez la última. Y escribir desde la x, ya no desde un centro. Del ser no queda nada más que olvido del ser, de los valores la desvalorización, hace tanto que se repite en el vacío. Y se predica la realización del nihilismo, ¿pero acaso será posible? Nihilismo, como consecuencia de la reducción del ser a valor, ya que así se aniquila el ser, el sujeto, por reconocer valores; y también el valor, reducido a la dualidad valor de cambio y valor lógico. Transustanciación de los valores, derivación, inferencia, correlación, intercambio. El nihilismo nos espera, pero viene de atrás: *con el conocimiento del origen aumenta la insignificancia del origen.*

iii. La sumisión, dato de la masa. Y el fracaso, la ruina de la posibilidad de que los hombres se autogobiernen. Apenas consuelos.

Una materia que emita imágenes, como si el pensamiento fuera una copia de la cosa. Perseguir la primacía del objeto, sin imponerlo. De la imitación al contagio, de una magia a otra. Y la apertura a la donación como negatividad.

Un yo también no-yo, que así pueda relacionarse con lo otro que no es y hacer algo, aún cuando eso sea pensar.

Actividad cognitiva, actividad corporal cegada, postergada en la indiferencia.

Emancipar, desespiritualizar el cuerpo. Pero el sufrimiento se infiltra a través de la experiencia física. Hacer justicia a la dimensión corporal. Sufrimiento causado por la sociedad y padecido por los cuerpos, nunca redimido por la política. ¿Se podría tolerar una sensibilidad transparente? El alivio de trasladar responsabilidades. Las figuras de la especie, el sistema, la estructura, la causa, el *arjé*. Evasiones. Ya ni siquiera la promesa de felicidad del arte.

El autodomínio necesita de apatía –extinción de pasiones, calma para sobrellevar cualquier emoción, para seguir como si nada pasara a cada paso. Apatía, estado de la subjetividad de nuestra época. Apatía, opuesto a empatía, forma de insensibilidad, de indiferencia. El ocaso de la piedad y de la compasión. Apatía de los dominadores, contrapartida de la de los victimarios. Apatía, renuncia que pone en posición de víctima. Atender, inhibir otra actividad. La manipulación de la atención concentra, limita, impone qué y cómo atender, objetiviza la atención. Las pasiones son concebidas como fuente de esclavitud por las morales basadas en su control. El predominio de esas moralidades conforme a reglas – el puritano kantiano, el libertino de Sade-, en el origen de la cultura de la obediencia debida. Lo político, forma y modo de institución de la sociedad. Dominio empírico de la política, policía de los hechos, representación. Y tal vez un acontecimiento, si se halla a salvo de ser subsumido bajo las reglas de la situación, si muestra y contagia su singularidad. Verdad, indiferencia de la diferencia. La atención, una isla en el océano de la indiferencia. Negatividad del fundamento, diferido, distante. Tomar en serio al nihilismo, tomar en consideración la indiferencia, metafísica e históricamente. La atención y espera, la pasividad de la esperanza. Utopías como recuerdos de algo que no fue, traducidas en melancolía, se dirigen con dolor al pasado. Lo que debería existir sólo existió en el arte, logró resistir a la cosificación. De la positividad del arte clásico a la negatividad del arte moderno: más negatividad, más imposibilidad de comunicarse, más cercanía a la verdad. No se trata de mostrar la peculiaridad inefable del sujeto. La negatividad del arte expresa la imposibilidad de lo que debería ser. Beckett con un lenguaje cercano al silencio revela la pérdida de atributos del mundo, la presencia insoportable de lo que no debería ser evoca otro mundo que no fue. Ese arte que muestra la impotencia de la acción también devino impotente. No toda incomunicación es resistencia que impide la fagocitación social. Bajo el signo de la pérdida –no *sub specie aeternitatis*-, con actitudes ridículas, reír, llorar, como Demócrito y Heráclito, también representar y poetizar, mostrar un pedazo de dolor original, el revés de nuestros ojos, el sin no, la actitud de alguien que se va.

iv. En el arte es difícil decir algo que sea tan bueno como no decir nada.
W, *Aforismos cultura y valor*, 120

De la misma forma que no puedo escribir un solo verso, de la misma forma que no puedo escribir prosa más que hasta cierto punto, y no más allá. Mi prosa tiene su límite bien determinado, que estoy incapaz de sobrepasar como de escribir un poema. Mi equipo conceptual está hecho de tal manera, y no tengo otro a mi disposición. Es como si alguien dijera que el grado de perfección que puede lograr en tal o cual juego es de tal grado y no de tal otro.
W, *Aforismos cultura y valor*, 336

El estilo, repetición acostumbrada, para dibujar las conexiones entre las cosas, como alcanzar la comprensión de la música, un caso especial de comprensión.

El modo de solucionar el problema que ves en la vida es vivir de modo que lo que es problemático desaparezca.

Que la vida es problemática significa que tu vida no se amolda a la forma de la vida. Debes, pues, cambiar tu vida y, en cuanto se adapte a esa forma, desaparecerá lo problemático.

¿Pero no tenemos el sentimiento de que alguien que no ve ahí un problema es ciego respecto a algo importante, incluso para lo más importante? ¿No podría decir que quien así vive, vive a ciegas, como un topo, y que si tan sólo pudiera ver, vería el problema?

O no debería decir más bien: que quien vive correctamente, no experimenta el problema como tristeza, ni siquiera como problema, sino más bien como alegría; sería como si un halo brillante rodease su vida en vez de un trasfondo incierto.

W, Aforismos cultura y valor, 149

En la línea tolstoiana, la luz no es teórica, sino práctica. Ruskin dio la misma clave al afirmar que “las grandes naciones escriben sus autobiografías en tres manuscritos: el libro de sus hechos, el libro de sus palabras y el libro de su arte. No se puede entender ninguno de esos libros sin leer los otros dos, pero de los tres el único fidedigno es el último”. Pero en un libro no se encuentra el grito de tormento, el tormento que puede experimentar un ser humano. Apenas se halle la necesidad de una ayuda infinita.

El sentido del mundo tiene que residir fuera de él. En el mundo todo es como es y todo sucede como sucede; no hay en él ningún valor y, si lo hubiera, no tendría ningún valor.

Si hay algún valor que tenga valor, tiene que residir fuera de todo lo que sucede y de todo lo que es de esta y de aquella manera. Pues todo lo que sucede y todo lo que es de esta y aquella manera es accidental.

Lo que lo hace no ser accidental no puede residir en el mundo pues, en tal caso, eso sería, a su vez, accidental.

Tiene que residir fuera del mundo.

Tractatus logico-philosophicus, 6.41

Justificación arquitectónica, ya que las proposiciones que dan cuenta estados de cosas son contingentes y las proposiciones lógicas son tautológicas. Y el sujeto es límite, no parte del mundo. Así, los valores son contingentes, y los valores que pudieran formularse mediante proposiciones lógicas habrían de ser meramente tautológicos.

Sentimos que, aún cuando todas las posibles preguntas científicas hayan obtenido una respuesta, nuestros problemas vitales ni siquiera habrían sido rozados. Por supuesto que ya no queda pregunta alguna; y esto es precisamente la respuesta.

TLP, 6.52

La solución del problema de la vida se trasluce en la desaparición del problema. (¿No es ésta acaso la razón por la que las personas a las que, después de intensas dudas, les resultó claro el sentido de la vida, no pudieran decir, en ese momento, en qué consistía tal sentido?)
TLP, 6.521

Hacer justicia, encontrar el camino, zambullirse una y otra vez en el agua de la duda, dejar el error que acompaña la idea misma de querer explicar una práctica.

Toda explicación tiene que desaparecer y sólo la descripción ha de ocupar su lugar.
IF, § 109

La certeza de escribir una maleza cartesiana, una vela que quema, una manta y la voluntad de fijación, fe en la materialidad. Caer, no ceder. Persistir, como en Beckett, aun en la prolongación de una agonía, en un mundo abreviado. Callar aquello que puede decirse. También expresión de lo indecible. Extraña ritualización, sobrecogimiento. Entremezclada con hilos de silencio, palabras en el atardecer, manantiales en el silencio.

Todo esto es ascético en alto grado; pero a la vez, en un grado más alto todavía, nihilista.
N, *La genealogía de la moral*

Cuaderno, estación de la melancolía, ajeno al cuerpo. Sin él, sin claridad, sin distribución de luces y sombras. Contorno de sombra. Repulsión a la semejanza. En la intimidad del pensamiento ajeno, la experiencia de pensar. Y un montón de escombros. Tonos y superficies, el trabajo de convertirse en verbo. Mónada que escribe y previene la tentación de olvidar lo indecible. Un hilo -se trata de acumular. Escribir sobre el valor -propiedad del mundo o de la vida tomados como un todo. Microensayos, apenas prosas, sólo la parte del escalón en la que el pie no encuentra apoyo. Un párrafo, un salto. Afirmar la vida feliz -adecuación de la voluntad con la vida. No vivir en el tiempo, haciéndolo en el presente, ser feliz. *Sé feliz.*

v. La fuerza halla obediencia. Olvidar entonces el mundo, pérdida, desierto. La gracia de la soledad, agradecer todo y cualquier no estar acá. Traspasar en ello la escritura, prescindir de la lectura, flotar sin la física inercial del hábito y la superficialidad de la nominación y la sospecha trivial del desenmascaramiento crítico. Sin sustancia ni apariencia, nada detrás de la máscara, puras relaciones, tejidos, hilos de indiferencia, automatismos estables, cáncer dulce. En la dirección opuesta, la extinción y la nihilización, ya no en forma de plegaria, sino de silencio. Fuerza el silencio el agotamiento de la palabra. Silencio, cruce de filosofías, cómplices y críticas -y qué importa ante qué. *Silencio, renuncia a cualquier forma de autonomía en la palabra:* Pascal (ver la penetrante lectura de Pascal realizada por Gabriel Albiac en *Sumisiones*

voluntarias). ¿Pero acaso no sería también wittgensteiniano el silencio de la escritura, digestión de la finitud, o sea de la intrascendencia?

Escribir también es no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido.
Marguerite Duras

No hay absoluto, y todavía el pensamiento clama, busca cura, escupe milagros. Sobre todo piensa el no. Y en ese detención halla su afuera, un objeto, una materialidad palpable de trascendencia a lo subjetivo.

No hay nada tan conforme a la razón como la desautorización de la razón misma.
Pascal

Sin pensar, entregados a la fuerza de los afectos, en estado servil, predispuestos a las utopías. La crítica, navaja antiutópica, recaudo ante los delirios valorativos. ¿Pero cómo perseverar en el entendimiento sin reprochar, detestar o alegrarse, si estamos sometidos a los afectos, envueltos en las pasiones del ánimo?

Pensar, escribir, es según nuestro parecer, prestar testimonio por el timbre secreto. Es inevitable que este testimonio haga obra y que esta obra, en algunos casos, al precio del peor error, del peor desprecio, pueda incorporarse a los circuitos de la megalópolis mediática; pero también lo es que la obra así promovida sea deshecha de nuevo, deconstruida, desobrada, desterritorializada, por el trabajo de pensar más y por el encuentro desconcertante con una materia (con la ayuda, no de dios o el diablo sino del azar). Demos testimonio al menos, y una vez más y para nadie, del pensamiento como desastre, nomadismo, diferencia y desobramiento. A falta de grabar, hagamos nuestros graffitis. Esto parece de una verdadera gravedad. Yo me digo, sin embargo: aun quien sigue prestando testimonio, y testimonio de lo que es condenado, lo hace porque no está condenado y sobrevive al exterminio del sufrimiento. Porque no sufrió lo suficiente, cuando el sufrimiento de tener que inscribir lo que no puede inscribirse en su totalidad es por sí mismo el único testimonio grave. El testigo del error y el sufrimiento engendrados por el diferendo del pensamiento con lo que no logra pensar, ese testigo, el escritor, es sin duda requerido por la megalópolis: su testimonio, podrá servir. Una vez atestiguados, es como si el sufrimiento y lo indomable ya estuvieran destruidos. Qué decir: al testimoniar, también se extermina. El testigo es un traidor.

Jean-François Lyotard

En la certeza de escribir una maleza cartesiana, una vela que quema y no hace nada, una manta refutada y la voluntad de fijación, fe en la materialidad. Caer, no ceder. Persistir, como en Beckett, aun en la prolongación de una agonía, en un mundo abreviado. Callar aquello que puede decirse, también expresión de lo indecible. Hacer extraña la ritualización, el sobrecogimiento entremezclado con hilachas de esperanzas, las palabras atoradas en el atardecer ante manantiales de silencio. Fracaso del testimonio, fracaso cada vez mejor.

vi. La experiencia no es coextensible a la identidad; ésta no puede suponerse como su desenvolvimiento. El yo no es empirista y se reconoce bajo

sumisiones pasionales, intuiciones e ideas, contingencias de la memoria, imaginaciones; se experimenta en la insatisfacción aunque se sostiene en una inverosímil satisfacción moral por uno mismo –hasta el que fracasa persevera en el beckettiano “fracasar mejor”. El yo que siente es alimentado y recubierto de un pelaje de textos e imágenes, de relatos que muestran y modelan el sentir, que lo cultivan y glosan, que lo inscriben y pliegan en identidades, pero esa condensación no emerge como metasensibilidad o metacultura –tampoco el término *estructura*, en su oscuridad, resulta apropiado para señalar ese dinamismo de los dispositivos sentimentales, ya que las ambivalencias pragmáticas y los modos de su presentificación nublan una conceptualización que, al estructurarse, echa una raíz incorregible que obtura los matices que no puede alcanzar. Bajo el peso del mundo no cesa el imaginar, habita vastas geografías en lo cotidiano que es confluencia de rutina y sueño, autodesreconocimiento que abre a la identidad diferente, a la posibilidad de no volver a lo mismo, amenaza y promesa afectiva de la estética en las heridas e incompletitudes de la identidad, donde cala la fantasía alterando las distancias normativas. Acaso el principal legado romántico sea, entonces, la promesa estética, la sugestión por la lectura, el acceso imaginario a la piel y hogar de la otredad, la educación sentimental edificante de pasiones intensas, de virtudes para delinear otro mundo, otra vida, para esperar, aceptar, renunciar, también para clamar y reclamar, luchar y que ese logro se haga ejemplar, y la política se nutre de ejemplos de víctimas victoriosas. Ese trascendentalismo de la sensibilidad teje alianzas afectivas, imbrica subjetividades bajo la costura institucional que, como collage, pega relatos fragmentarios del yo, del paternalismo, del suelo de la tradición, del horizonte del mundo preexistente, de las sagas políticas. Esa promesa saturada se arroja, como no podría ser de otro modo, a la personificación y su representación multiplicada, al consumo inflacionario de víctimas en los altares del espectáculo, espejo de especulaciones cargado de contingencias en cuyas polaridades se hallan la luz que enceguece y la oscuridad unánime. Jugando en la distancia con polaridades carentes de matices, poéticamente se proyecta la singularidad intensificada por sus pasiones y las imposiciones de que es víctima. ¿Cómo no desconocerse, entonces, en ese testimoniar que se presenta como fragmento de vida y abona la vida fragmentada? Si el testimonio identifica, y a pesar que a partir de él comúnmente se pretende constituir identidades, existencialmente no restituye, no devuelve al hombre sus atributos. Identifica acciones y responsabilidades, pero de ello una política –¿ética?– fabrica identidades. El trabajo testimonial hunde la autoconciencia de la humanidad a profundidades desconocidas, hasta esa roca que interpela *si esto es un hombre*, que muestra a *la especie humana* en la danza de sus especificidades aniquiladoras (alcanzar esa profundidad no implica desconocer otros sedimentos). Pero el testimonio no se traduce necesariamente en prácticas políticas o micropolíticas transformadoras (aunque las conmemoraciones se traducen comúnmente en nihilismo de los actos oficiales), y en esa intraducibilidad –quizás marcha de la intraducibilidad del sometimiento testimoniado– se muestra apenas el dolor en el mundo, pero ese apenas del testimonio deja en cada grieta que traza una marca honda en la materialidad histórica. Caer en esa grieta, hundir la mirada en la negrura, trastocar el mundo posible, danza de apertura y melancolía de los sentidos, aún potencia de los sentidos.

vii. Pero la memoria presenta modos para estar en el mundo, abiertos. Aun petrificada, no deja a las personas como cosas. Lejos de ello, incide cómo se relacionan con las cosas y, sobre todo, con las personas. Desde el modo de simple presencia que observa un objeto, a los usos y la praxis, la apertura es un modo de ser que requiere del cuidado, de modos de ocuparse, de ser solícito, de estar atento, de actuar. En la praxis, la memoria se enlaza con el movimiento del vivir. Pero la memoria, pretensión de roca dura, facticidad que pretende perdurar, alivia el suspenso y la angustia, extiende su afán de determinación a la libertad. En ese transitar, embota y angustia si lesiona la estructura apertural, la disposición afectiva, el ánimo, la atención receptiva, la más abierta tensión comprensiva y el discurso que pesa el lenguaje en su densidad radical. El cuidado, en dependencia de la receptividad, enfrenta como un riesgo la memoria que lo afirma en un suelo y, a la vez, estrecha el horizonte. Memoria es finitud, por cierto, entonces, ayuda a la conciencia de la imposibilidad de ser por sí mismo el autor y productor de toda otra cosa y de toda otra existencia; ayuda a la comprensión y al trazado de juicios con sus prejuicios, con la traído por su tradición. La memoria, así, es autoridad. Oficializada, institucionalizada, se la sustantiva. Objetivada, la presencia de la memoria funge como repetición, interpela los movimientos desde su código, opone al devenir una *physis* que resulta de su imposición. Lo que queda de este despliegue, como equilibrio inestable, se muestra en vórtices nihilistas. Emergen acontecimientos y huracanes impredecibles, indeterminaciones y vacilaciones, pese a todo el esfuerzo de convergencia y focalización, pese al carácter que asume la memoria de dispositivo de inmunidad –como en otras esferas lo son la lógica y el derecho. La disipación irreversible de la historicidad se encadena a la memoria, tanto morada como destino, configurando modalidades de la responsabilidad en el atender y el hacer –esa fuerza que disipa, el carácter, sus propias características, esa morada es el demonio y lo divino para cada hombre, como lo parece expresar oscuramente el fragmento 102 de Heráclito. Memoria, entonces, que para no quedar cosificada requiere del trabajo sensible de la atención, cuyo despliegue expande la apertura de la existencia. Ese ánimo abierto implica la crítica a lo que se arrastra y quiere arrastrar, a las tradiciones que cristalizan la memoria y embotan la capacidad de experimentar. La filosofía, como señaló ya Aristóteles, ha quedado reducida a ser demostración, ignorando el comienzo y el fin de las cosas, dejando el sentido en intuiciones; lo arduo de la filosofía –*lógos*- halla su opuesto complementario en la inteligencia fulgurante del *phrónios* (*lógos* ciego sin *noûs*, lo abrupto que, inspirado, brota). ¿Pero cómo alcanzar esa indulgencia, ligada a lo equitativo y lo verdadero, que se aleje de los vótores del racionalismo triunfante y que trace una reflexión crítica de los límites, una interrogación extrema e íntima, al abrigo de la libertad, en el desamparo del mundo, en los bordes de la memoria, sus represiones y traumas, en el afuera de la presencia que compacta la temporalidad? Memoria de silueta, política de esqueleto, filosofía de infamia, en este despoblamiento inmune al padecer, al ser afectado, en esta desatención emerge una *paideia* beckettiana.

Los nihilistas son los que oponen al nihilismo sus positivities cada vez más esqueléticas para conjurarse por medio de ellas con toda la infamia establecida y al fin con el mismo principio de la destrucción. La honra del pensamiento se halla en la defensa de lo llamado insultantemente nihilismo.

Theodor W. Adorno

viii. El ejercicio de la memoria emerge como atletismo mimético, competición e imposición más que búsqueda de salida del río, de pasaje al otro lado de las pasiones, de dominio de esos torrentes. Ejercicio propagandístico, más que impulso al esfuerzo y al trabajo, a la atención y el cultivo de la sensibilidad, fanfarrias que no curan de la desaparición y la indiferencia, maquinaria de reproducción ampliada del capital de memoria, vale decir, del capital del presente.

Time present and time past / Are both perhaps present in time future, / And time future contained in time past. / If all time is eternally present / All time is unredeemable.

T. S. Eliot

La despoblación de la temporalidad es mayor, sin que sea posible la huída a la pureza. La horizontalidad de la *paideia* beckettiana lo afirma, reflexionando en Proust:

No se puede huir del ayer porque el ayer nos ha deformado y ha sido deformado por nosotros.

ix. Desenrollar, hasta la salida de una experiencia, al testimonio le aparece también la intuición de que existe una salida, y en el arrastrarse a tientas de las palabras, tanteando hasta el abandono las maneras de decir, arrollando, fijando la búsqueda en el espacio y en la actitud de la búsqueda, y mientras queda la piel en el dolor de las cosas, la superficie del texto se expande en ese buscar, se estrecha donde toda escapatoria es vana: informes persiguiendo una salida. Aire gris, cielo gris, gris ceniza, ruinas esparcidas, el testimonio *Sin* de Beckett:

Ruinas refugio cierto por fin hacia el cual de tan lejos tras tanta falsedad. Lejanos sin fin tierra cielo confundidos sin un ruido nada móvil.

Doblarse en la escritura, reducirse textual para seguir, recogimiento, ejercicio de pliegue de la atención sacudida, pedagogía oblicua, escritura de interjecciones, jirones desarticulados que, como una iluminación, muestran un trabajo de tonos, una muestra de los golpes de bastón con los que se rastrea el desequilibrio de lo experimentado en la representación, un arrullo, las resonancias evocadoras, los despojamientos que hacen significativo el vínculo con lo significativo (la ostentación empobrece y cubre de moho el sentido), las imágenes del mundo flotante, los trazos que rompen la distancia entre figuración y escritura, y cada tanto una repentina caligrafía de la gracia, estampas brutas de gestos libres que celebran cuando irrumpen la coincidencia o la fusión, el recobrar liberador. Desde ese sentir pleno contemplar un texto, dedicarse a esa contemplación: el libro desoculta su condición de cuadro, muestra el valor de la caligrafía, el dibujo que da sentido al figurar con letras – ese sería un retorno conjetural a aquella intuición juvenil de Wittgenstein: la proposición como pintura, el sentido como desenrollar lo figurado, desplegar sinfín del texto hasta el tacto, hasta el contacto de la dimensión estética con la

pretensión documental, hasta una materialidad que muestra su evidencia en tintas y firmas, nombres propios y tensiones en la ejercitación con abstracciones, en el tallado que constituye un orden.

x. Egoísmo en el detalle. Olvido del frío. Pereza de la sensibilidad. Cepillar melancólico de la herrumbre, solitario, sin codicia. Persistir en el prelude a la puerta de hierro. No se halla lo heroico del cielo. Llegar allí, a esa puerta, cima de las ruinas acumuladas hasta el cielo. En eso como cielo, bajo su tempestad, esa felicidad de Beckett, la escritura petrificada oxidada, los grabados inmensos, fríos y sin horizonte, todo óxido, arena, yacer bajo el sol tenue, dominado por el tono hueso. Lo roto y lastimado por el hierro oxidado, las pompas, las danzas, lenguaje que aparta, que indica saltar. Un detalle a salvo. Aferrarse a él.

xi. En la ambigüedad persistente de la estética, sensibilidad y reflexión plegadas, piel y teoría, ante la inutilidad de los argumentos contra el escepticismo, *Esperando a Godot*, recreando a Pozzo, quien a Lucky, siervo reducido casi a perro, le ordena *pensar: ¡Piensa cerdo! ¡Piensa!* Así de lejos del kantiano *sapere aude*. En la dialéctica del señor y el siervo, pensar se halla en la génesis de la conciencia y es la llave de la libertad. Antes de Michel Foucault, en Beckett se muestra cómo, qué implica pensar, qué puede, qué cabe esperar de pensar bajo coacción. George Steiner analizó el lenguaje de Lucky, torrencial, sofisticado, impotente también, reverso de la pobreza de la jerga de Pozzo, el amo. La fracturada letanía de las repeticiones hace sospechosa, en esa espera carente de promesa mesiánica, toda epistemología y política, teología y psicología. Aguarda el silencio, que se abre con la palabra ejemplificadora: *¡Inacabados!*